

Cinco preguntas sobre la cultura

Pedro Gómez García

Proyección (Granada), 1979, núm. 114, 211-219.

1. Desde el limbo cultural

Existe hoy, un poco por todas partes, una conciencia extravagante que deforma la realidad al darnos sólo reflejos dorados, fragmentarios y tan ingenuos que toda persona de orden debe creérselos. Lo que se piensa y se dice suele ser más o menos como sigue:

«La cultura es el don más precioso que recibimos en nuestra vida. Gracias a ella somos personas, tenemos ideas, vamos acumulando conocimientos imprescindibles para desenvolvernos en la vida, en este mundo moderno y civilizado que nos ha tocado vivir en suerte».

«Hoy día, la cultura llega cada vez a capas más amplias de la población. Existen becas y ayudas al servicio de la igualdad de oportunidades para todos los niños y jóvenes, sea cual sea su procedencia social».

«Vamos caminando a la plena escolarización y hacia la gratuidad de la enseñanza general básica para todos. ¡Ni un niño sin escuela! La misma universidad está abierta hoy a la clase obrera. Los planes de estudio se van adaptando, con una rapidez digna de encomio, a las necesidades de una especialización cada vez mayor, exigida por la complejidad científico-tecnológica de una sociedad en pleno desarrollo. Y el proceso de democratización de los centros docentes constituye un logro de la democracia formal».

«Los ministerios de Educación y Ciencia y de Cultura, aunque aún no llegan a cubrir todos los objetivos que el estado se ha propuesto, cuentan con un presupuesto globalmente más alto que el de cualquier otro ministerio. Lo cual indica que la promoción cultural del pueblo significa una preocupación fundamental del gobierno, si no la principal, si atendemos a los montos presupuestarios. Porque la educación, la cultura, ha llegado a convertirse en un artículo de primera necesidad...»

No son otros los términos en que está mandado pensar a cualquier buena conciencia que se precie. Pero, vamos a cuestionarnos críticamente: ¿Qué cultura recibimos? ¿Nos humaniza o nos deshumaniza la cultura dominante? ¿Está la cultura al servicio de la verdadera promoción del pueblo? ¿Cuál sería la verdadera cultura? ¿Cómo hacer nacer y crecer la verdadera cultura?

2. Primera pregunta: ¿Qué cultura recibimos?

Ante todo, habría que hacer una aclaración preliminar del concepto de **cultura**. ¿Qué es «cultura»? Si acudimos a un diccionario, nos dice: «Mejoramiento de las facultades físicas, intelectuales y morales del hombre». Y si nos atenemos al sentido que le da la antropología sociocultural, la cultura define el conjunto global de una sociedad: «La totalidad de comportamientos humanos **aprendidos** y que se transiten socialmente» (1). Según esta definición, todo, en el hombre, es **cultura** (excepto algunas reacciones reflejas ya innatas en los recién nacidos); todo pasa por el aprendizaje y la educación.

Por lo tanto, no entendemos por «cultura» la enseñanza libresco ni lo que se aprende en el sistema oficial de educación. Lo cultural engloba toda nuestra manera de pensar y de actuar, el conjunto de ideas, valores, actitudes y objetivos que rigen nuestra vida en la práctica diaria, a todos los niveles -trabajo, convivencia, comunicación-. En una palabra, la cultura constituye nuestra **forma social e histórica de ser humanos**.

Es la forma **social** de ser humanos, porque la cultura la recibimos a través de sistemas educacionales: la familia, la televisión, la escuela, la iglesia, el servicio militar, otras instituciones y grupos. Aunque puede haber alguna creatividad en ciertos individuos o grupos (2).

Es la forma **histórica**, porque la cultura que recibimos es producto de un largo proceso histórico; es síntesis compleja de antiguas tradiciones y evoluciones del pasado. Y está determinada por las condiciones reales, la estructura social, de la época presente. Aunque puede, en algunos grupos, abrirse a la conciencia de un futuro posible y a una práctica para construirlo.

Y es la forma social e histórica de **ser humanos**, entendiendo por ser humano el alcanzar un mayor o menor grado de humanización, punto que habrá que calibrar según nuestro ideal de lo que puede y debe ser el hombre.

En fin, si esto es la cultura, para saber la cualidad de la cultura que recibimos, hay que analizar:

- 1) Qué imagen del hombre y qué valores se nos transmiten, y con qué métodos.
- 2) Cuál es su origen social: es decir, quién decide los contenidos, quién posee o controla los medios de elaboración y transmisión de cultura.
- 3) Cuál es su función social: en qué medida sirve a nuestros intereses o a otros ajenos.

2.1. Qué imagen del hombre y qué valores se nos dan, y con qué métodos.

Al preguntarnos por la cultura que recibimos, estamos ya delatando un aspecto típico de esa cultura: no es algo que hacemos nosotros, sino algo que «recibimos», que nos dan ya hecho para que lo asimilemos, algo que nos imponen. No somos, en principio, sujeto sino objeto de esa cultura. No somos dueños de nuestra forma social e histórica

de ser humanos, sino que ésta se adueña de nosotros desde el momento en que nacemos. Nos secuestra de algún modo.

En nuestra sociedad liberal y burguesa, se nos introyecta un **modelo de hombre** que es individualista, una concepción de la sociedad basada en los intereses egoístas del individuo. Cada uno busca su propio interés, conseguir dinero y poder, a costa de quien se ponga por delante. En la familia se nos inculca el respeto al que tiene el dinero y el poder: sólo se nos quiere condicionalmente, si obedecemos. En la televisión, se nos deslumbra con ese estilo de vida consumista y americanizado hasta la náusea, que nos promete la felicidad si no somos subversivos (y es tal todo el que no dice amén a los amos de turno). En la escuela, se nos enseñan las reglas del juego para subir: el paso por una larga escala de grados, la sumisión a la autoridad, el sometimiento ineluctable a unos planes de estudio, la pasiva memorización, la competitividad entre los iguales por conseguir unas notas, un título, un puesto, la selectividad. En la iglesia, se nos predica una salvación individual del alma, si somos buenos y no reaccionamos violentamente contra los órdenes constituídos (3).

Desde luego, hay casos en que las cosas no ocurren así; pero son las excepciones. Por regla general se nos fabrica con un molde de hombres insolidarios, incomunicados, privatizados: Cada cual a lo suyo. Se nos doma, se nos amaestra para el individualismo: individuos impotentes y resignados cara al sistema, y agresivos frente a los demás. Y del individualismo, al partidismo...

Los **valores** que orientan nuestras actividades son, cada día más, la «seguridad», el «confort», el «éxito social», el «sexo», la «buena posición», el «poder» ... Y todo eso se logra indefectiblemente con **dinero**. No es exagerado decir que **el capital** viene a ser el único dios verdadero en la práctica, el ídolo por el que se renuncia a los ideales, se pisa al compañero, se roba y se explota, se vende el cuerpo o la conciencia, se mata si es preciso, se hacen guerras o pactos, y se atropellan no ya los derechos humanos, sino a los hombres mismos (4).

Eso no es ningún secreto; está en los periódicos de todos los días, en las películas y, sobre todo, en la cruda realidad de la vida: constituye, por desgracia, el núcleo fundamental de nuestra «cultura» y de la ideología que se nos transmite, por mucho que con las palabras se diga otra cosa: el individualismo y la ley de la jungla como los principios básicos de planificación cultural democrática.

2.2. **Cuál es el origen social de la cultura que recibimos.**

La cultura se produce y se transmite en el seno de la sociedad a través de unos cauces que, aquí y ahora, no están en manos de las mayorías populares ni de las llamadas clases medias.

¿De quién son la televisión, los periódicos, las escuelas, las universidades, las iglesias, los centros culturales, etc.?

¿Quién decide los planes de estudio, los programas, los libros que se editan, las noticias que se dan y las que no, las conferencias que se pronuncian, las películas que se producen o se exhiben...?

Quienes no tienen ni controlan medios de cultura no podrán hacer cultura propia. Por eso, la cultura que recibimos es la **cultura dominante** (5). Y ésta, en una sociedad como la nuestra, dividida en clases, es una cultura clasista, puesto que el bloque dominante tiene prácticamente el monopolio cultural. Este bloque posee el poder del estado, desde el que controla todos los grandes medios de producción y difusión de cultura o conciencia (sistema educativo, medios de información y comunicación social, familia, instituciones de poder espiritual y moral). En suma, que recibimos una cultura contaminada desde su origen por los intereses de las clases y organizaciones dominantes.

2.3. **Cuál es la función social de la cultura que recibimos**

Este tipo de cultura, que por referencia al sistema socioeconómico podemos llamar capitalista, corresponde, como se puede sospechar, a los intereses de la burguesía fundamentalmente. Por fuerza de las cosas y estulticia humana, va calando socialmente incluso en las clases trabajadoras y en el pueblo en general: todos aspiran más o menos conscientemente a subir en la escala social, tras la ilusión de vivir un día como burgueses... Y de este modo, el bloque dominado va perdiendo conciencia de cuál es su verdadero interés. Sin quererlo, de hecho tienen una «conciencia burguesa» y capitalista, dado el agravante de que predomina en las organizaciones del pueblo la política de integración en el sistema y no su cuestionamiento (6). La inmensa mayoría vive con una conciencia alienada, engañados como lunáticos, en una completa domesticación cultural asumiendo precisamente aquel sentido de la historia que consagra el sistema de su propia explotación.

Las instancias educacionales, en la sociedad capitalista, están organizadas para mantener y extender la dominación sobre las mayorías trabajadoras por parte de las minorías en el poder. Aunque evidentemente esto se trata de ocultar o de legitimar: se pretende que esas instancias educativas aparezcan como algo autónomo e independiente, haciendo olvidar su origen y su función social.

Se nos ofrece saber, técnica, diversión, religiosidad, arte, moral, democracia, filosofía, canción, costumbres, desarrollo, libertades, concordia nacional, pactos sociales, calidad de vida, y mil palabras abstractas más, que se van poniendo de moda y encandilando a la gente. Entonces, se adoran por sí mismas, se convierten en «fetiches»; se aspira a conseguirlos... sin analizar **de qué signo** son, qué función cumplen; si van a integrarnos conformistamente en el sistema que nos extorsiona y aliena, o si van a concientizarnos de algún modo para transformarlo en una línea de justicia.

Para contar con un punto de referencia, vamos a sentar esta hipótesis de trabajo: La realización del hombre, como individuo y como especie, está en relación con el desarrollo de su capacidad reflexiva, crítica y creadora, que va construyendo en un marco sociohistórico concreto.

Pues bien, la cultura dominante, en nuestra sociedad democrática formal, como lo era igualmente en la época dictatorial, intenta destruir la capacidad reflexiva del hombre, la conciencia crítica y creadora, que podría rebelarse contra el sistema de injusticia constituido y buscar la liberación. Por eso, la cultura se nos inculca como algo ya hecho que hay que tragarse y asimilar; las decisiones nos vienen ya dadas en lo fundamental: que digamos sí, o no; que votemos a éste o a aquél partido; tal o cuál facultad; tal emisora o tal otra; tal película, tal periódico, tal... Pero una marginación permanente de la gestión real de todas esas cosas. La triste figura del consumidor convertido en gallina de un corral ajeno.

Se nos amputa como hombres y se nos reduce al **hombre unidimensional**, el ciudadano ideal para los intereses del capitalismo en las democracias avanzadas (?): el hombre encerrado en un círculo absurdo de producción y consumo. Producir lo que a los potentados les interesa que produzcamos; consumir lo que les interesa que consumamos. Y no pensar en nada más. Porque ya hay transnacionales que están diseñando con decenios de antelación lo que deberá ser nuestra vida.

Esta es la alienación cultural: que las clases mayoritarias y peor paradas trabajan, luchan reivindican y aspiran **dentro** de las esferas del sistema capitalista. Y con ello, lo refuerzan. Pediremos educación, televisión en color, industrialización, democracia, mayor nivel de vida,... Pero, ¿nos hemos detenido a pensar hasta qué punto nos va a resultar de lo que el poder nos dé, de lo que el sistema nos conceda, una mayor humanización, o por el contrario una confortable alienación cada año más perfecta?

El hecho es que no somos protagonistas de nuestra cultura. La que vamos a tener como «nuestra» dentro de diez o quince años nos la están fabricando ya en la central del imperio; ya hay quien nos está planificando el futuro en función de sus intereses. De ahí que, en resumen, la cultura que recibimos se caracterice por el bipolo **manipulación-dependencia**: se trata de una cultura manipuladora que provoca en nosotros mismos como pueblo y como personas.

3. Segunda pregunta. ¿Nos humaniza o nos deshumaniza la cultura dominante?

No se puede asegurar que la cultura que recibimos nos haga personas autónomas y solidarias, ni que nos ayude a descubrir nuestros valores autóctonos, ni que se enraíce en nuestra mejor tradición. Si hace algo en esa línea es indirectamente y sin pretenderlo. No trata de hacernos personas, sino de hacernos productores diligentes y consumidores mansos: de conformarnos al sistema establecido y sus inacabables hipocresías. Tampoco le importa que descubramos nuestros valores propios, sino que asimilemos miméticamente los seudovalores que nos proponen (seguridad, consumo,

confort, lujo, pornografía, tele, cine, droga, poder, ostentación, violencia, etc.) y el valor supremo que todo lo alcanza: el omnipotente **dinero**. Por conseguirlo no importa sacrificar la decencia, el equilibrio natural, la vida humana de millones, lo que haga falta.

4. Tercera pregunta: ¿Está la cultura al servicio de la verdadera promoción del pueblo?

A la luz de lo expuesto hasta aquí, queda claro que la forma dominante de cultura está al servicio de la explotación, lo más racionalizada posible, del pueblo. Se le inculca la cultura que interesa a los de arriba y no otra. Pues la cultura que pudiéramos llamar popular se encuentra prostituida, o marginada. El pueblo carece de medios de cultura que estén en sus manos; ninguno de los grandes medios lo está. Por tanto, la respuesta debe ser contundente; no hay tal cultura al servicio de la promoción popular autónoma; lo que se da es manipulación planificada. También hay grupos de poder que pugnan por controlar esa manipulación. Se diría que a nadie le interesa que la base tome conciencia de la realidad.

5. Cuarta pregunta: ¿Cuál sería la verdadera cultura?

Antes que nada diré que una cultura no es verdadera o falsa, sino sería más exacto hablar de cultura **manipuladora** o **concientizadora**, alienadora o bien liberadora.

Cultura «concientizadora» es aquella que conduce a la **liberación integral del hombre y de todos los hombres**, la que produce una sociedad protagonista de su propio destino. Esta cultura no se puede crear aisladamente, sino en relación con una práctica globalizada de transformación social.

Implica la creación de una «conciencia» colectiva. Implica la construcción de una sociedad no dividida en clases y no dominada por aparatos de poder: al modo de una sociedad comunitaria y libre, de personas liberadas de toda explotación económica, de toda manipulación cultural, de toda alienación religiosa.

Significa la génesis de un hombre nuevo: comunidad de hombres solidarios, libres, autores de su propia historia...

La podemos llamar una **cultura de la libertad**.

Para avanzar hacia ella, es necesario defenderse de las **falsas alternativas** para la cultura, que están basadas en conceptos deformados de lo que es la «libertad» (7). De alguna manera, una cultura se define por su concepto del hombre, y éste, por el concepto de libertad. Esto requiere un análisis, aunque sea breve, de tres tentativas en la concepción de la libertad.

1ª tentativa: La libertad burguesa, o idea liberal, según la cual el hombre no es más que el «individuo» que aspira a su felicidad egoísta. Este individuo limita su propia libertad en aras de un supuesto «bien común», garantizado por el estado, y que consiste básicamente en el respeto a la propiedad privada de los medios de producción, reconocida en la constitución de ese estado. Pero el hombre es algo más; es un ser social, un ser solidario...

2ª tentativa La libertad según el marxismo ortodoxo, para el cual el hombre no es más que resultado de la «necesidad» histórica. La sociedad evoluciona siguiendo unas «leyes» dialécticas objetivas similares a las leyes físicas de la naturaleza. De manera que basta conocer esas leyes y ajustar a ellas mecánicamente nuestra práctica. La libertad se reduce a conciencia de la necesidad. Pero el hombre es algo más: sujeto que, en las condiciones dadas, transforma estructuras sociales y hace la historia.

3ª tentativa: La libertad alternativa, crítica y creadora, que trata de superar las dos tentativas anteriores. El hombre hace la historia en unas condiciones materiales, pero es él quien la hace. Las «leyes» de la historia no nos vienen dadas de forma natural, sino que las construye y determina el propio hombre. Este, como sujeto social, no sólo utiliza inteligentemente las leyes de la naturaleza; también va relativizando cada vez más sus condicionamientos.

Así, pues, en sintonía con la última tentativa, la cultura de la libertad abarcaría:

- la construcción de la historia y sus leyes;
- el trabajo de los hombres concientizados, en el marco de las condiciones objetivas concretas, por la construcción de una sociedad comunitaria y libre;
- la conciencia y la práctica de tomar en nuestras manos nuestro propio destino personal y colectivo, transformando la realidad social global, superando la cultura dominante.

Esta cultura alternativa se podría caracterizar por el binomio **concientización-liberación**: una cultura concientizadora que nos moviliza para luchar contra la dominación cultural, política y económica, en busca de la justicia y la liberación integral humana (8).

6. Quinta pregunta: ¿Cómo hacer nacer y crecer la verdadera cultura?

Primeramente, una observación: la cultura que necesitamos nadie nos la va a dar, simplemente porque no está hecha. Tenemos que construirla (9). Y al mismo tiempo tendremos que ir construyendo el «sujeto» que ha de construirla.

El bloque de los que, de una u otra forma, andamos socialmente dominados, culturalmente dependientes, sin autonomía económica, no seremos el sujeto de esa transformación y liberación del hombre, a escala creciente hasta incluir a los pueblos del Tercer Mundo, mientras no adoptemos ciertas **opciones** fundamentales, como:

- 1.- asumir conscientemente el proyecto histórico del pueblo;

- 2.- organizarnos alrededor de ese proyecto, según modelos que no reproduzcan la cultura dominante;
- 3.- luchar por su realización.

A nivel general, la tarea prioritaria que se presenta es la de constituir ese sujeto colectivo, ahora desarticulado y narcotizado por la cultura ambiental, dando **pasos** para la concientización popular y la construcción de una cultura liberadora, como son:

- 1) Oponerse a la cultura alienante en todas sus manifestaciones.
- 2) Elaborar una teoría de la liberación: mediante análisis concretos de las situaciones que vivimos, de la sociedad andaluza, de la sociedad capitalista en su estructura global; mediante un método, una estrategia y una teoría hecha a partir de la práctica.
- 3) Construir nuevos modos de relación y comportamiento, ya desde ahora: Valorar la condición de trabajador que transforma la naturaleza y la sociedad. Valorar la organización autogestionaria y disciplinada. Valorar, como realización personal, la entrega de la propia existencia en la tarea de la liberación sociocultural. Valorar la vida comunitaria como forma de construcción de una sociedad sin clases ni estado opresor.

Por otra parte, a nivel más particular, cara a los sistemas de educación en los que muchos, directa o indirectamente, nos vemos implicados, el camino sería esforzarse por la implantación sistemática de formas de cultura liberadora, en todas las oportunidades por modestas que sean.

Por ejemplo: partir de las reivindicaciones concretas de cada momento, ir a la concientización en pequeños grupos que piensen, vivan y actúen ya de acuerdo con los valores de una sociedad libre y comunitaria. Trabajar contra los contenidos alienados de la cultura que se nos da y contra las formas selectivas y autoritarias de transmitirla. Trabajar por el control y gestión de todos los afectados en las escuelas, institutos, universidades, iglesias, medios de información y comunicación, sindicatos, partidos, asociaciones, etc., eliminando el sentido piramidal y manipulador, ya sea de lo establecido o de aquellas alternativas que sólo cambian las minorías detentadoras del poder.

Todo ese tipo de prácticas exige, en todas las situaciones, hacer análisis de la realidad concreta, organizarse con la gente consciente, coordinarse en los distintos niveles, trabajar pacientemente con imaginación y audacia, desde la base. Pues, en definitiva, los pasos a dar habrá que inventarlos colectivamente e imponerlos desde la misma base: o no habrá una cultura de la libertad.

Notas

- (1) François Laplantine, **Les mots-clés de l'anthropologie**, Privat, Paris, 1974, pág. 50.
- (2) Consúltense los estudios de Karl N. Horkheimer y P. Schrecker sobre el papel de la familia en este proceso, en la obra colectiva **La familia**, Península, Barcelona, 1978.

(3) Un estudio magistral, en esta línea, es el de Herbert Marcuse, **El hombre unidimensional**, Seix Barral, Barcelona, 1969. También Max Horkheimer, **Crítica de la razón instrumental**, Sur, Buenos Aires, 1973. Otros aspectos: Ivan Illich, **La convivencialidad**, Barral, Barcelona, 1974. Everet Reimer, **La escuela ha muerto**, Barral, Barcelona, 1975.

(4) Véase la crítica de J. Moltmann a la idolatría moderna, en J. B. Metz-J. Moltmann, **Ilustración y teoría teológica**, Sígueme, Salamanca, 1973, págs. 32-44.

(5) Herbert Marcuse, **op. cit.**, págs. 31-49; 114-150.

(6) El problema de la adaptación y asimilación de los grupos dominados por la cultura «burguesa» ha sido ampliamente tratado por los teóricos marxistas, por la Escuela de Frankfurt y por la filosofía «utópica» y antipositivista. Véase, en esta misma línea, el artículo de José María Castillo «Ciencia y anticencia», publicado en **Proyección**, 26 (1979) y 35-50, en el que se hace una dura crítica al papel de los científicos en este proceso.

(7) Puede resultar interesante el desarrollo que hace Felipe Aguado en **La revolución integral**, Paideia, Madrid, 1978.

(8) Esta es la dimensión que estructura la pedagogía de Paulo Freire, en sus obras: **Pedagogía del oprimido**, Siglo XXI, Madrid, 1975; y **La educación como práctica de la libertad**, siglo XXI, Madrid, 1973. Igualmente cabe destacar los últimos escritos de Roger Garaudy, por ejemplo: **Una nueva civilización**, EDICUSA, Madrid, 1977.

(9) Ideas sugerentes pueden encontrarse en distintas corrientes: A. S. Neill, **Summerhill**, F.C.E., México, 1974. Paul Goodman, **La comunidad de los estudiantes**, Proyección, Buenos Aires, 1970; y **La nueva reforma**, Kairós, Barcelona, 1972. Theodore Roszak, **El nacimiento de una contracultura**, Kairós, Barcelona, 1972. Margaret Mead, **Cultura y compromiso**, el mensaje de la nueva generación, Granica, Barcelona, 1977.